



PRIMEROS SUSCRITORES: SUS MAGESTADES Y ALTEZAS.

AÑO III.

8 Abril 1866.

NÚM. 14.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN VALENCIA Y MADRID. 6 rs. mes. — 18 trimestre. — 54 seis meses. — 66 año.

EN PROVINCIAS

SUSCRIBIÉNDOSE DIRECTAMENTE.

Tres meses 24.—Seis 42.—Año 80. ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO RICO. 6 pesos año.

AMERICA Y ASIA. 8 á 13 pesos año.

POR COMISIONADO.

Tres meses 28 rs.—Seis 46.—Un año 84. ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO-RICO. 7 ps. AMERICA Y ASIA. Un año 9 á 14 pesos.

REDACCION.

Congregacion, 1, 2.º, Valencia.

ADMINISTRACIONES.

MADRID: Capellanes, 10, principal.

VALENCIA: Congregacion, 1, 2.º

HABANA: D. Benito G. Tanago.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Administraciones principales en Madrid, Valencia y la Habana.

PROVINCIAS.

Casa de los corresponsales y administraciones de correos.

A los pedidos se acompañará el importe.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya satisfecho.

Los números sueltos se venden á 4 rs. uno.

SUMARIO.

Inspiraciones: Poesías selectas de D. Ventura Ruiz Aguilera, por D. Teodoro Llorente.—Hasta los gatos quieren

zapatos, por D. Ventura Ruiz Aguilera, (conclusion).—La reina María Amelia.—Los dos naufragos: A mi querido amigo D. Gerónimo Flores, (poesía) por D. Luis Fabra y Cervera.—Venganza de la Hoya, por D. Rafael Ferrer y Bigné, (conclusion).—Recuerdos, (poesía) por D. Luis Alfonso.

—Del renacimiento literario en el siglo XV, por D. C. R. de Arellano.

Grabados. Trages sicilianos de Palermo y Mesina.—La reina María Amelia.

INSPIRACIONES.

POESÍAS SELECTAS

DE

D. VENTURA RUIZ AGUILERA.

Nacer poeta no es cosa muy extraordinaria, y menos en esta novelesca tierra de España, cuyos hijos, dotados de natural vivacidad de ingenio y de calurosos sentimientos, encuentran tentadora ocasion para seguir las banderas de Apolo en las facilidades rítmicas que les ofrece el rico y musical idioma castellano. Aun concediendo solamente el honroso dictado de poetas á los que verdaderamente lo merecen, están lejos de ser *rara avis* en España los favorecidos por las musas. No hay mas que fijar los ojos en todos esos periódicos semanales, decimales, quincenales y mensuales que, con el carácter de literarios, se publican en todas las provincias, y aun en los que diariamente se consagran á la política, para comprender, á la vista del aluvion de versos que se derrama por sus columnas, que en este país hay poco menos de un poeta detrás de cada esquina, y eso que «pasó la época de los versos» segun los editores de novelas á dos cuartos la entrega.

Pero lo que en España, lo mismo que fuera de ella, es verdaderamente extraordinario, lo que constituye una especialísima escepcion, es *morir poeta*. Porque ¡cuán pocos son los que llegan hasta el término de la vida animados de esa insaciable sed de lo ideal que constituye la esencia de la disposicion poética! ¡En cuán pocos es algo mas que la bullidora vitalidad de la juven-

tud el estro que se revela en entusiastas versos! En España nacen muchos poetas, pero, por fortuna, los poetas sirven en España para todo: lo mismo se puede hacer de ellos un ministro, aunque sea de Ultramar, que un embajador; lo mismo aprovechan para despachar expedientes en una direccion general que para gobernar una provincia.

¿Debemos censurar á los que así sofocan su númen en el rincon de una oficina, ó en los salones de un ministerio? Dios nos guarde de incurrir en tamaña heregía económica: Proudhon ha dicho que toda la Francia, con sus treinta millones de habitantes, apenas es bastante rica y estensa para mantener á un poeta. No incurramos, pues, en el anatema de los *hombres prácticos*, y reconociendo que no basta por lo comun para llenar toda la vida la ociosa contemplacion á que se entrega el vate, admitamos la natural conversion de la juventud literaria á la vida de los negocios mundanos.

Pero, esto no obstante, si encontramos alguno de esos locos soñadores tan estasiado en sus visiones de otros mundos, tan enamorado de su ideal, que se niega á bajar los ojos á la tierra, y hasta el fin de sus dias camina por senderos solitarios, separado del comun de las gentes, y fija la mente en el sol que iluminó los primeros albores de su inspiracion, respetémosle, porque hay algo de superior en esa imposibilidad de plegarse á las exigencias de la vida vulgar. Los que mueren poetas, son tan solo los poetas verdaderos.

D. Ventura Ruiz Aguilera puede contarse en este número, nó porque haya muerto poeta, pues, á Dios gracias, está todavía lleno de vida y de salud, sino porque puede asegurarse, sin temor de equivocacion, que poeta, como hasta ahora ha vivido, ha de morir. Con un nombre muy popular, con numerosos amigos, con cierto

carácter político en sus primeras obras, el Sr. Ruiz Aguilera no ha sido ni tan siquiera diputado. Hace veinte años que se dió á conocer como poeta, y aun no ha sabido ser otra cosa. ¿Qué mejor prueba de que en él la poesía nace del corazon y como un vaso que desborda se derrama en sus aplaudidos versos?

Las Baladas y los Ecos nacionales, las Armonías y las Odas, las Elegías y los Cantares habian estendido el merecido renombre de nuestro poeta y eran bien conocidos del público. Pero, á instancias de algunos amigos, el Sr. Aguilera ha reunido en un solo volumen, sus mas selectas poesías, y con un modesto rigor, bien raro entre los poetas, solo ha encontrado entre sus numerosos versos materia para llenar ciento ochenta páginas. ¡Solo su autor hubiera podido ser tan severo con obras que habian sido acogidas anteriormente con general aplauso!

La compendiada coleccion de las poesías de Aguilera nos ofrece coyuntura para hacer la historia de este poeta, recorriendo las diversas fases que ha ido ofreciendo en una órbita de veinte años su feliz ingenio, y esto es lo que nos proponemos en el presente artículo.

Abrimos el libro y topamos con las *Baladas* y los *Ecos nacionales*, composiciones de idéntica forma, tomada esta de las celebradas *chansons* de Beranger, que tan gran popularidad adquirieron en Francia. Aguilera tomó del vate parisien la copla vulgar, encadenada por medio de un *refrain* ó estrofito, que sintetiza el pensamiento del poeta. Como Beranger, puso esta popular poesía al servicio de las ideas liberales y humanitarias, dando un marcado tinte político á sus canciones. Pero en el fondo hay gran diferencia entre el génio del cantor francés y del español. Aquel es mas intencionado, mas agudo, mas ingenioso: está animado de todo el *esprit malicieux* del París *frondeur*. Aguilera es ingénuo, tierno

grave, y algun tanto melancólico y filosófico. Así es que á lo mejor olvida las glorias guerreras para esclamar:

Verde y fresco soto,
Valle florecido,
Antes apacible
Retirado asilo;
Ya las avecillas
Huyen de este sitio
Muchas con el tierno
Corazon herido.
Púrpura es la fuente
Que era cristal limpio,
Sangre á las espigas
Sirve de rocío.
¡Ay! al dar mas tarde
Pan á nuestros hijos,
—Hijos, (les diremos
Tristes al partirlo),
Nunca sangre humana
Riegue mas los trigos;
Que es el pan de la pródiga tierra
Sabroso en la paz, amargo en la guerra.

Esta poesía dulce y triste que se revela entre el entusiasmo político que inspiró *Los Ecos nacionales*, probaba que Aguilera no era el cantor de la multitud á la que habia dirigido sus primeras inspiraciones, sino mas bien un melancólico poeta *subjetivo*, si se nos permite esta manoseada palabra, que en este caso es muy propia. Así es que separándose de las huellas del popular Beranger, rinde despues culto en sus *Odas y Armonías* á la tierna y religiosa musa que inspiró tambien en Francia sus armonías y sus odas á Lamartine.

La apacible serenidad y la grata sencillez de fray Luis de Leon parece que renazcan en estas sentidas estrofas:

Hasta mi puerta llega
Del mundo loco la ambicion impía;
Mas no vence ni ciega,
Con su engañoso halago el alma mia,
Y pasa como nube de verano
Que se deshace en viento y ruido vano.

—
¡Atrás, soberbia ruda!
¡Atrás, envidia! y en tu fresco seno
Ceba la garra aguda
Que, en hiel teñida, ensangrentó el ageno;
¡Huye, afan codicioso! ¡rencor..... pasa!
¡No quiere tales huéspedes mi casa!

—
Pobre soy como el ave
Que en estéril peñon cuelga su nido;
Mas nunca al peso grave
Del hado adverso gemiré abatido,
Pues sábio el cielo, al par de mi pobreza,
Dióme, para sufrirla, fortaleza.

Poeta de dulces sentimientos, de cariñosas afecciones, de familiares y castos goces, el Sr. Aguilera habia nacido para cantar el cariño mas puro y santo que hay en la tierra, el cariño paternal. La muerte de una hija querida hizo que se desbordase en su alma esta poesía del sentimiento, y produjo las *Elegías*, que son la mas alta y simpática creacion de su númen poético. Las breves, pero apasionadas y sentidas páginas que Aguilera dedicó á la muerte de la niña Elisa, quedarán cuando se hayan olvidado sus baladas y sus cantares y sus odas, porque ellas están animadas por ese afectuoso calor que suele faltar en la poesía española, hija mas bien de la fantasía que del sentimiento. El dolor del poeta no llama en su auxilio á la hipérbole: adopta para su expresion la forma mas sencilla, la mas natural.

Yo, de honda pena herido,
Cerré sus ojos bellos; yo su boca
De amores casto nido;
Y la bendije..... y la lloré.... ¡Ay! de roca

Dura es mi corazon, cuando en el pecho
Ya, de tanto sufrir, no se ha deshecho.

—
Quedó mi dulce Elisa
Como ángel que reposa en sueño blando;
Inefable sonrisa
Iba su rostro virginal bañando,
Y su apacible frente inmaculada
Vi de luz de los cielos coronada.

—
Entrambas manos yertas
Cruzadas en el pecho las tenia;
Teníalas abiertas
Sobre una santa imagen de María,
A quien antes llamé, con fiel memoria,
De su sereno tránsito á la gloria.

—
¡Oh noble criatura!
¡Oh de belleza y humildad modelo!
¡Oh palomita pura!
Cuando rompiste de la carne el velo,
Gimieron mis entrañas, muda al verte,
Y por primera vez gimíó la muerte.

¡Qué precioso cuadro! No cabe mas verdad en la belleza ni mas belleza en la verdad. Pocas veces la poesía española presenta sentimientos tan delicados y al mismo tiempo tan verdaderos. Con los mas naturales afectos, con las imágenes mas sencillas el señor Aguilera ha sabido crear una poesía que impresiona el ánimo profundamente, haciendo comprender el amor de los padres, aun á aquellos que no lo son. Los poetas elegíacos suelen amontonar en rebuscadas frases los lugares comunes de una filosofía al uso, sazónándolos con unas cuantas exclamaciones y apóstrofes altisonantes: el procedimiento de este padre-poeta es muy distinto; se apodera del recuerdo de su hija allí donde le asalta, consigna en breves líneas la impresion de aquel sentimiento, y entrega así á la poesía su dolor, desnudo de todo artificial atavío. Dígasenos si puede darse mayor sencillez y al mismo tiempo mas conmovedora ternura, que la que revelan estos versos:

—«¡Cómo tardan esos lirios,
Cómo tardan en dar flor!»
Me decía muchas veces
Al regar los del balcon.

—«Cuando se abran serán tuyos,»
Contestábale mi voz;
Y esperando el ángel mio,
Esperando se murió.

Vino Mayo ¡ay, no viniera!
Y los lirios del balcon
Su corola azul abrieron
A los céfiros y al sol.

Y las lágrimas brillaban
Que sobre ellos vertí yo,
Al dejarlos en la tumba
Donde tengo el corazon.

Despues de leer las elegías es difícil pasar adelante. El libro del Sr. Aguilera nos ofrece aun algunos de sus *cantares*, género de popular poesía que alcanza hoy inmerecido favor del público y ofrece fáciles triunfos á medianos poetas; y varios *idilios humorísticos y sátiras*, que no eran conocidos todavia y sobre los cuales diremos dos palabras.

El humorismo, segun lo entiende nuestro Aguilera, y así nos lo dice en el prólogo de sus *Inspiraciones*, es la mas alta realizacion estética de las distintas manifestaciones con que aparece lo cómico en la escena de la vida. Así es que el humorismo abarca las infinitas oposiciones que reinan entre el ideal subjetivo del artista y la realidad objetiva en que vive, oposicion de que son ecos la carcajada de Quevedo, la misantropía de Leopardi, la amargura de Espronceda y Byron, la sonrisa de Cervantes y de Richter, y la triste ironía de Enrique Heine.

Pues bien: este género está completamente reñido con la naturaleza afectuosa, ingénua y creyente del cantor de Elisa, y así es que su humorismo carece de intencion y de fuerza, es un dardo sin espina que se embota, en la superficie de las cosas. Los dos idilios humorísticos y la sátira literaria que cierran el libro, mas analogía tienen con la trivial y retozona musa satírica de Breton de los Herreros, que con los modelos que se ha propuesto imitar el Sr. Aguilera en esta última fase de su ingenio.

La sencillez, la ingenuidad, la ternura, este es el centro verdadero de nuestro poeta. Los que buscan en la poesía los caprichosos vuelos de la imaginacion, los arranques sublimes del génio, la revelacion artística y depurada de la belleza, no quedarán quizás satisfechos con las obras de Aguilera: pero los corazones que vibran al eco simpático del sentimiento serán siempre dulcemente conmovidos por sus halagadores versos.

TEODORO LLORENTE.

HASTA LOS GATOS QUIEREN ZAPATOS.

(Conclusion.)

III.

Agapito, hijo único, y de viuda por añadidura, acostumbrado, como es de suponer, á salirse con la suya, no reconocia freno ni respeto humanos, proponiéndose una vez satisfacer sus caprichos, lo cual, unido á su terquedad nativa y á una petulancia sin limites, daba por resultado un carácter discolo, sumamente difícil de gobernar. Soledad habia predicado en desierto: el estudiantillo no podia habituarse á la idea de un desaire, y procuraba persuadirse de que los desdenes y los enojos de aquella eran fingidos, y de que el tiempo y su constancia lograrían lo que ahora se presentaba como imposible; pues, como dice el refran: *Pobre porcion saca mendrugo*. Por otra parte, Soledad se habia, segun él, complacido en mortificarle, tratándole como á un chiquillo, y él estaba muy interesado en demostrar que, aunque de pocos años, poseia toda la entereza y la dignidad de un hombre.

Dió, pues, un real de vellon á un mozo de cordel, con ocido suyo, para que entregase á Soledad una carta, en que pedia perdon á ésta por las palabras que pudieran haberla ofendido en la última entrevista, manifestando al par que seguiria visitándola, como si nada hubiera sucedido, y amándola en silencio, con su permiso, que era cuanto sacrificio se hallaba resignado á hacer en su obsequio. La carta iba plagada materialmente, de la cruz á la fecha, de admiraciones, puntos suspensivos, interrogantes y otro signos ortográficos, que indican las grandes inquietudes del alma y las profundas agitaciones del corazon. Presentábase en ella como una víctima espiatoria, como un Isaac *sui-generis*, que se inmolaba por el sosiego de la que le habia arrebatado el suyo, á quien juntamente enderezaba una porcion de versos de Zorrilla, fragmentos de las cartas de Eloisa y Abelardo, y unas lúgubres endechas, que pescó en un *Semanario* del tiempo del romanticismo; endechas que, en su concepto, eran capaces de enternecer y ablandar un mármol, y de las cuales Soledad, guiada por su buen sentido, haria pajaritas y devanadores.

Agapito cumplió su palabra. A los tres ó cuatro dias encaminóse á ver á Soledad, y entró en la calle taconeando ruidosamente, mirando á los balcones y luciendo un largo veguero, con el cual se regalaba como un hombre de pro. Pero héte aquí que al pasar por delante del portal de un zapatero de viejo, y cuando mas embebido miraba á lo alto, porque se le figuró haber visto en el balcon á Soledad y Emilia, la primera de mantilla clara, y la segunda de capota, pisa en la acera una manzana podrida, dé un tremendo resbalon, y cae de bruces en

el suelo, quedando despatarrado como una rana. El hombre de corazón mas compasivo ó de carácter mas tétrico suelta la risa que le retoza en el cuerpo cuando ve al prójimo en situación tan desastrosa; con todo, allí nadie pronunció una palabra ni hizo demostración alguna de ese género.

Levantóse como pudo nuestro Agapito, y observó con amargura inesplicable que los guantes habian estallado, y que el pantalon se le abría por la entrepierna. Como el niño tenia la pícara costumbre de adelantar siempre el discurso, costumbre que le esponia con frecuencia á mil lances desagradables, la primera idea que le ocurrió fue la de que el zapatero, por burlarse de él, habria arrojado intencionadamente á la acera la manzana, origen de una discordia que debia ser funesta al desgraciado Agapito. Abrochóse el gaban para cubrir la herida del pantalon, observada ya por el sastre del portal de enfrente y el calderero de al lado; y encarándose con el inocente zapatero, le llenó de insolencias, y aun le amenazó con que haria y aconteceria. El zapatero, hombre de *correa* larga, se contentó con reírsele en las futuras barbas, teniendo la prudencia de decirle solamente estas palabras:

—¡Si no tiene usted mas *jijas* que un mosquito! ¡Seo silbante!

—¡Canalla! ¡Gentuza! respondió el mancebillo, revolviendo los ojos á todas partes.

—Vaya usted mucho con Dios, Sr. D. Agapito!—repuso el zapatero ya quemado, acertando por casualidad el nombre del estudiante, y murmurando luego para sí: —¡Buena la has hecho! ¡Te ha caído la Santa Uñon!

El calderero y el sastre toman los insultos dirigidos á su convecino como ofensas propias, y no bien oyen el nombre del doncel, pareciéndoles escelente á su intento, principian el uno á tocar á rebato una almirez descomunal, el otro una campanilla, y el principalmente ofendido á descargar sobre la piedra del oficio cada martillazo que canta el misterio, gritando los tres en falsete, una porción de veces, con tonillo lastimero:

—¡Sr. D. Agapito! ¡pitito!... ¡pitito!... ¡pitirriiito!

No hace muchos años, la persona decentemente vestida que se atrevía á pasar por ciertos barrios de Madrid era objeto de diversion y chacota para sus moradores, los cuales tenian siempre á mano un repertorio interminable de chistes, generalmente de grueso calibre, pero de originalidad é intencion pasmosas, bajo cuyo peso abrumaban al transeunte incauto. Este salvajismo social ha ido desapareciendo, y dentro de poco tiempo es de creer que pertenecerá á la historia; pero todavía en algunos puntos de la corte á veces se advierte que la tradicion se conserva, aun sin motivo, cuanto mas habiéndolo justo, como lo tenia el zapatero hasta para sacudir al mequetrefe de los tacones.

Para una persona de las pretensiones absurdas de Agapito, la referida *ovacion* improvisada, que, como quien ve los toros desde talanquera, presenciaban inalterables en el balcon Soledad y Emilia, era el castigo mas inhumano que pudiera imponérsele; así es que casi le dieron ganas de llorar, y tragó no poca bilis. A dejarse llevar de su genio pendenciero y soberanamente irascible, y á saber de positivo quién era el autor de su caída, la hubiera emprendido con él á bastonazos; pero lo ignoraba; por otra parte, el temor de verse puesto en ridículo segunda vez delante de Soledad templó un tanto sus impetus belicosos.

Después de un instante de vacilacion, decidióse á hacer la visita, siquiera por tomar aliento, pues en cuanto á lo demás, así estaba él para amorosas empresas como para bailar unas seguidillas. ¡Pobre Agapito! Estira, estira el cuello de la camisa, arréglate la corbata, sacude el polvo del gaban, quítate los guantes y guárdalos. ¿Cómo ocultar tu vergüenza, si aunque no te hubiesen visto Soledad y Emilia, el inexorable D. Ambrosio, que te persigue como un remordimiento, como la sombra del Comendador á D. Juan Tenorio, lo ha presenciado todito desde el estanco próximo, mientras le

escogian una docena de cigarros? D. Ambrosio te vió resbalar, y aun dijo con tal motivo á la estanquera: —¡Qué bien debe patinar ese joven!—D. Ambrosio, con sus ojos de linca, descubrió la solucion de continuidad de tu ajustado pantalon oscuro, y asomando por ella un apéndice blanco, así como de batista, ó por lo menos de Holanda inglesa; D. Ambrosio, en fin, esperaba solamente á que echases á andar hácia la casa de Soledad, para seguir tus pasos, y tener el gusto de prodigarte en ella los *consuelos* que estuviesen á su alcance.

Las dos hermanas, observando el movimiento y la direccion de Agapito, prefirieron salirle al encuentro en la calle á recibir la visita, que si era tan pesada como otras veces, las privaria de ir á sus cosas, pues tenian tasado el tiempo.

Al poner Agapito el pié en el umbral de la casa, se encontró con Soledad y Emilia, elegantísimas y hermosas como soles, incorporándose á todos ellos, dos minutos después, el sencillo y franco D. Ambrosio.

—¿A dónde, bueno, niñas? preguntó éste.

—A hacer unas compras, respondió Soledad.

—¿Van ustedes á la calle de Postas?

—Sí, señor.

—Entonces las acompaño hasta la Puerta del Sol. Ea, en marcha!

Adelántanse las señoras, y los caballeros las siguen por la acera. D. Ambrosio pregunta en alta voz á su compañero:

—¿Se ha lastimado usted, Agapito?

—No comprendo.

—¡Es singular! Nunca comprende usted lo que le digo. ¡Será desgracia mia! Preguntaba si la caída ha tenido consecuencias. Le he visto á usted caer; le he visto los guantes rotos; le he visto... ¿lo digo?... Pero eso no vale nada; se ha descosido un poco, y con cuatro puntadas queda como si tal cosa. Ustedes,—continúa D. Ambrosio, dirigiendo la palabra á las señoras,—deben haber presenciado tambien el sensible percance.

—Sí, señor, dice Soledad.

—Por cierto,—añade Emilia,—que creimos que se habia estrellado; tanto, que mi hermana gritó: «¡Jesus! ¡Pobre señor!»

—Yo me figuro,—observa D. Ambrosio,—que todo ha sido efecto de una distraccion; apuesto á que el amigo iba mirando al cielo, tropezó, y... A eso se esponen los enamorados, Sr. D. Agapito. Mire usted cómo yo no me caigo. Bien es verdad que, además, como me contento con mi estatura, no necesito caminar sobre tacones de á cuarta.

El zapatero, el sastre y el calderero estaban ya de acuerdo para escarmentar á Agapito, pues así que hubieron pasado las dos hermanas delante de sus puertas, salió de todas ellas un fuego graneado de pullas contra el infeliz amante, que de veras le quemó la sangre.

—¡Señor D. Agapito!...—¡decian—pito!... ¡pito!... ¡pitirrrriiito!...—acompañados por la consabida orquesta.

—A usted le llaman,—dijo D. Ambrosio;—usted, querido mio, es el hombre de la dicha; en todas partes tiene relaciones.

En seguida principió á cantar el sastre:

Calzon-roto se *paseda*

Desde el soto á la alameda;

Se *paseda* Calzon-roto

Desde la alameda al soto.

El calderero asomó la cabeza por la puerta, y gritó: —¿Quién ha visto un corderito negro con el rabo blanco?

Los vecinos, que estaban en autos, se reian como bobos.

Soledad y Emilia reventaban por imitarles, y al mismo tiempo sentian algo parecido á la compasion por Agapito.

—¿Oye usted, compañero?—dice D. Ambrosio al aludido.—Preguntan que quién ha visto un corderito ne-

gro con el rabo blanco. ¿Si se le saldrá á usted la camisa por atras?... ¿A ver?

El zapatero, como mas agraviado, no se dá por satisfecho con tan poco, sino que, corriendo detrás de Agapito, le detiene, agarrándole por un brazo, y le dice:

—A ver, D. Agapito, déme usted la liebre, y dejémonos de historias.

—¿Qué liebre? pregunta el estudiante, poniéndose de veinte colores, con unos ojos mas espantados que los del animalito que le reclaman.

—La que ha cogido usted en la acera.

—¿Ha cogido usted alguna liebre, Agapito? pregunta D. Ambrosio, haciéndose el cándido.

—Yo no he cogido liebre ninguna, responde formalmente el colegial, ignorando que entre el pueblo se suele decir del que cae como cayó él: *Que coge una liebre, que coge la cena*.

—¿No ha cogido usted liebre ninguna?—esclamó el zapatero.—Pues ponga usted por bajo que no he dicho nada, y.... usted perdona.

Escusado es añadir que Ricardo, el marido de Soledad, enterado por ella de lo que pasaba, no necesitó recurrir á nada para ahuyentar de su casa al niño mosca. Si lo que Soledad habia dicho á éste repetidas veces no era bastante para obtener tan buen resultado, los crueles y continuos sarcasmos de D. Ambrosio y las escenas que acababan de representarse hubieran sido suficientes para acobardar á otros *mas guapos* que Agapito; de quien no he oido que haya vuelto á esponerse á que alguno le diga lo que dijo D. Ambrosio en casa de Soledad, refiriéndose á él: *Hasta los gatos quieren zapatos*.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

LA REINA MARÍA AMELIA.

María Amelia de Borbon, reina que fue de los franceses desde 1830 á 1848, nació en Caserta el 26 de Abril de 1782. Era hija de Fernando IV, rey de las Dos Sicilias, y de María Carolina, archiduquesa de Austria; hermana de la emperatriz María Teresa, segunda muger de Francisco I, gran duque de Toscana.

Bajo la direccion de Mad. d'Ambrosio, recibió una educacion distinguida; siguió á su madre á Palermo cuando tuvo lugar la conquista de Nápoles por los franceses en 1798, y no volvió á su país sino en 1802. Obligada á seguir de nuevo en el destierro á su familia, se trasladó á Sicilia, donde en 1808 conoció al duque de Orleans, proscripto como ella de su patria. En 25 de Noviembre de 1809 casó en Palermo con este príncipe. Fue á Francia en 1814, y en 1815 pasó á Inglaterra con sus hijos, de donde no regresó á París hasta 1817.

Aceptó con repugnancia la entronizacion de su esposo, coronado en 1830 rey de los franceses, bajo la advocacion de Luis Felipe I, y no tomó parte en los asuntos políticos. Sus escrúpulos procedian de su respeto á los derechos de la rama primogénita de los Borbones.

Gonsrgróse enteramente á la educacion de su numerosa familia, á la que logró transmitir sus egrégias virtudes y sus principios de inagotable caridad.

Condenada nuevamente al destierro por las vicisitudes políticas que destronaron á su augusto esposo, dió en los momentos supremos de la caída de éste, pruebas de magnánima entereza, así como las dió en la proscripcion de una dignidad que enaltecia su real infortunio. Sobrellevó con piadosa firmeza las terribles desgracias que hirieron su corazón de madre y su espíritu de reina, entre las que la mas aciaga fue la muerte del popular duque de Orleans, su primogénito. Tuvo asimismo el dolor de perder sucesivamente á las princesas María y Luisa, al rey y á sus nueras, las duquesas de Nemours y de Orleans.

Durante su destierro, fijó su residencia en Clare-



TRAGES SICILIANOS DE PALERMO Y MESINA.



LA REINA MARIA AMELIA.

mont, residencia cercana á Londres, cedida á la noble señora por la reina Victoria. Su existencia durante esta última época de su vida ha sido retirada y modesta, ajená á las contiendas políticas y realzada solo por el brillo de augustas virtudes. Su rango se ocultaba bajo el título de condesa de Neully.

El único pensamiento político que se presume ha ocupado su corazón mas que su cabeza en este período de proscripción, es el de la reconciliación de sus hijos con la rama primogénita de los Borbones, representante de la legitimidad personificada en el conde de Chambord.

María Amelia tuvo cinco hijos y treinta y tantos nietos. Era tía de la reina María Cristina, y parienta cercana por tanto de S. M. Doña Isabel II.

Esta augusta princesa, modelo de reinas, de madres y de esposas, cuya memoria impone la mas profunda veneración, no solo por su rango sino por sus escelsas cualidades y por la nobleza con que sobrellevó el infortunio, ha fallecido en Claremont el día 24 de Marzo último.

LOS DOS NÁUFRAGOS.

A mi querido amigo D. Gerónimo Flores.

I.

Sobre un islote que la mar azota,
Y de fugáz estrella á los reflejos,

Llora un marino su infeliz derrota;
Pues vé su nave combatida y rota
Juguete de la mar allá á lo lejos.

¿Quién en la edad de amor y primavera,
Cuando el jóven marino ansiar cruzaba
El proceloso mar....? ¿quién le dijera,
Que la vasta estension que él contemplaba,
Inmensa tumba de ilusiones era...!

Resuenan en su oído todavía
De la nave los ecos plañideros,
Luchando con las olas á porfía;
El ¡adiós....! de sus bravos compañeros,
Y el horrible estertor de su agonía.

Aquel recuerdo sin cesar le acosa;
El vive, sí; pero.... ¡esperanza vana!
Es la suerte falaz y veleidosa....
Y en el peñon donde su planta posa,
Tal vez la muerte encontrará mañana.

La noche avanza silenciosa y lenta;
La tempestad entonces indecisa,
Cede por fin; mas su temor no ahuyenta:
¿Qué le importa que sople fresca brisa,
Cuando en su pecho ruge la tormenta!

Llora, infeliz, tu desventura, llora;
No confíes del mar que está en bonanza,

Ni de él esperes salvación ahora.
Quizá al nacer la sonrosada aurora,
Un rayo te conceda de esperanza.

Ya prodiga de luz rico tesoro
Disipando del mar la negra bruma;
Y el orbe eleva su armonioso coro,
Al ver las nubes convertirse en oro,
Y en limpia plata la flotante espuma.

Pero el náufrago en torno la mirada
Dirige con afán en su agonía;
Y en vez de una esperanza ambicionada,
Solo contempla al fulgar el día,
Los restos de su nave destrozada.

Que á aquella sombra inmóvil é importuna,
No la ofuscan del sol los resplandores:
Y van sus ilusiones una á una,
Donde el aura gentil mecía su cuna,
Y oyó el trinar de pardos ruseñores.

Donde al abrigo de la erguida palma
Sintió inundarse su amoroso pecho
Del aroma feliz que exhala el alma;
Donde gozó de paz y dulce calma,
Bajo la choza de pajizo techo.

Y ahora allí lejos de sus pátrios lares,
Ni el eco de una voz en torno zumba

Que ofrezca un lenitivo á sus pesares;
¡Solo á través descubre de los mares,
En cada ola su cercana tumba!

Y aunque en su loco frenesí ambiciona
Fijar un punto la voluble suerte,
Cruza entonces la brisa juguetona,
Trayendo el canto que el alcion entona,
Y es canto funeral de luto y muerte.

Aquel augurio al corazon aterra,
Y el alma oprime en hondo desconsuelo;
Ni una esperanza el porvenir encierra:
Vá para siempre á abandonar la tierra,...
Y antes dirige su mirada al cielo.

Y presente de Dios la bondad suma,
Y otra vida de paz y bienandanza;
Su negro porvenir ya no le abruma,
Ni del airado mar la hirviente espuma,
Pues renace en su pecho la esperanza.

Y no en vano, del buque destrozado
Una tabla contempla desprendida,
Cruzar sobre la mar; y hacia ella á nado,
Lánzase entonces el marino osado,
Y llega al puerto de salud y vida.

II.

Así el hombre en el mar de la existencia,
Que ofrece á cada paso horrendo abismo,
Envanece con su humana ciencia,
Cubre con denso velo su conciencia
Presa fatal de horrible escepticismo.

Y naufrago infeliz.... en torno mira
Agitarse las sórdidas pasiones;
Y ante esa lucha su valor espira,
Pues su marchito corazon suspira
Al ver volar las dulces ilusiones,

No le asedian ocultos enemigos,
Ni el ¡ay...! de la muger que escuchó inerte,
Ni la burlada fé de sus amigos,
Que aquellos séres de su error testigos,
Gozan el sueño de la oscura muerte.

¿Qué teme pues...? ¿en su ansiedad impía,
Tal vez recuerdos en su mente evoca,
De aquella noche y fugitivo día
Que entre los goces de mundana orgía,
Apuró del festín la amarga copa?

¡Ay...! que al sentir su pecho destrozado,
Recordó aquella edad ¡dulce embeleso!
Que yace entre las sombras del pasado;
¡Las caricias de un padre idolatrado!
¡Y de una madre el cariñoso beso!

De amistad el arrullo delicioso
Que trueca al punto la aflicción en calma,
El perfume de amor... ¡encanto hermoso
Que funde, con su influjo poderoso,
Las almas de dos séres en un alma...!

Nada para él existe, que su llanto
El manantial cegó del sentimiento;
Natura le negó su bello encanto,
Y pierde el ave su inspirado canto,
Su luz la aurora, su armonía el viento.

¿Dónde calmar su horrible desventura
Si en esa lucha el corazon desmaya?
La amarga copa del dolor apura,
Pero teme encontrar su sepultura
Como el marino en estrangera playa.

Y bañados en lágrimas sus ojos,
Para acallar la voz de su conciencia,
Al fin se postra ante su Dios de hinojos;
¡Y cual fragante flor nace entre abrojos,
Brotó en su pecho celestial creencia!

Y arrepentido, en lágrimas deshecho,
Otra vida vislumbra en lontananza;
Ansia salvar el horizonte estrecho;
Porque al nacer la fé dentro del pecho,
Brilló en su corazon nueva esperanza.

Y á su luz se eclipsaron los pesares:
Guiándole en el árido camino
Que le condujo á sus antiguos lares;
¡Que esa luz celestial.... fue allá en los mares
La salvadora tabla del marino!

III.

Dejad que el tiempo con su huella borre
Cuanto faláz el universo encierra;
Dios el tupido velo al fin descorre,
Y con bondad inagotable acorre,
Al marino en la mar y al hombre en tierra.

LUIS FABRA Y CAVERO,

VENGANZA DE LA HOYA.

APUNTES HISTÓRICOS.

(Conclusion.)

IV.

Llegaron los momentos decisivos. La armada que habia de conducir la raza proscrita estaba pronta á darse á la vela para cruzar las aguas del Mediterráneo, al mando del maestro general D. Agustín Mejía.

Los comisionados nombrados por el virey, marqués de Caracena, entre los que se contaba D. Baltasar Mercader, hermano del conde de Buñol, esperaba ya en los puertos de Alicante y Denia (1), preparando el cruel embarco de los inocentes, desterrados para siempre de su desnaturalizada patria.

En tanto cundió la nueva de que los moriscos de la sierra de Aguar, Muela y Córtes, se habian tenazmente rebelado contra el ominoso bando, dando principio á una desesperada guerra á sangre y fuego, con todo el denuesto del que defiende sus hogares, su propiedad y su familia, sus creencias, sus lares y su Dios, contra el mas violento despojo y la mas odiosa tiranía.

A tales nuevas, la sangre de raza hirvió otra vez en los pechos de aquellos moriscos, que en tropel acudieron ante el respetable anciano, con el deseo de empuñar las armas; pero este les recordó su promesa, y con el inspirado acento de una fe superior, les aseguró la inutilidad de sus esfuerzos y de su muerte.

—¿Para qué queremos la vida sin patria y sin hogar? decían aquellos desgraciados. —Dadnos al menos el placer de la venganza.

—Sí: yo os lo prometo; pero digna de vuestra raza, replicó el anciano, como inspirado por el odio de cien generaciones. —No la venganza de un momento de arrebató, que como nace desaparece, sino la venganza fria y calculada que se perpetúa por los siglos, que mata y que envenena, —dijo con tono solemne, y añadió con el acento de la convicción:

—¡Vuestra temeraria rebelion haria soldados de vuestros enemigos; vuestra pacífica sumision les hará verdugos!

—¡Manda, y te obedeceremos! clamó á una voz aquella desolada turba.

—Ellos quieren, continuó el anciano, después de una

pausa, la posesion de vuestras supuestas riquezas, que, á ser ciertas, no fuera fácil salvar; pues bien: esperad en el porvenir; encerrad en seguros receptáculos lo que maspreciado os sea de vuestros bienes y alhajas; y cuando la noche tienda su negro manto, tachonado de estrellas, id silenciosamente, pero sin temor de ser vistos, á enterrar vuestros tesoros en los sitios que os designe. Lo demás dejadlo á mi cuidado.

Los oyentes permanecieron como indecisos.

—¿Dudais acaso? les preguntó el anciano adivinando su pensamiento. —Por mucho que valiesen vuestros tesoros, añadió, nunca llegarían al precio del mio.

Y abriendo, con los ojos arrasados en lágrimas, el arca que ante sí tenia, les señaló altivamente el fondo de la caja de plomo, en que solo se veían viejos libros y rollados pergaminos.

—Mirad, les dijo con humilde satisfaccion, jese es mi único tesoro!

V.

Cuando apresuradamente se reunían fuerzas de todas armas y se enviaban aguerridos tercios á combatir la rebelion de Aguar, Muela y Córtes, los pacíficos moriscos del Condado de Buñol se dirigían en las calladas noches al sombrío monte sobre que se levanta el antiguo castillo de Amacasta, posicion la mas fuerte é inespugnable de la Hoya; y bajo los cimientos del ancho muro, junto al alto torreón, y hasta en la misma bóveda, aprovechando el descuido ó la distraccion de los centinelas, enterraban los mezquinos ahorros, que creían tal vez salvar de aquel modo para reservarlos á sus descendientes, bajo la palabra del sábio, aunque sin comprender los motivos de aquella estraña determinacion.

¡Cuán inesplicables sentimientos agitarían los oprimidos corazones de aquellos desventurados, que, envueltos en las sombras de la noche, como el ladrón que va á perpetrar un horrible crimen, ocultaban entre las negras rocas, únicos confidentes de su desgracia, el fruto de su trabajo, el producto de una vida de privaciones y el porvenir de sus hijos!

La misma luna que, con las pálidas tintas del triste otoño proyectaba las fantásticas sombras del alto castillo, entre las que se guarecían tantas lágrimas y sacrificio tanto, alumbraba á veinte leguas de distancia el abandonado campo de batalla; sembrado de cadáveres y regado con la sangre de los moriscos rebeldes.

Treinta dias después la rebelion de aquellos agarenos de la marina estaba vencida. De los treinta mil moriscos que, segun los cronistas de la guerra, se habian rebelado, los que no murieron en accion, se rindieron en tan miserable estado, que ejemplo hubo de que entregasen sus propios hijos por un pedazo de pan ó por un puñado de higos con que acallar el hambre (1).

Los del condado, por el contrario, fueron conducidos al embarcadero por solo los comisarios, entre los demás moriscos del reino de Valencia, acompañados de sus señores, sin que fuese necesario el auxilio de la tropa y sin que tan solo uno de aquella degradada raza se desmandase, fuese ni pusiese fuego á nada, segun afirman cronistas de la espulsion, alguno de los cuales, como el Padre Fonseca, acompañó á aquellos desgraciados hasta el mismo embarcadero.

La característica religiosidad de aquellos piadosos autores atribuyó tal resultado á obra milagrosa de algunos santos; sin embargo, ¡era la obra de un hombre!

VI.

Muy pronto la fama de grandes tesoros escondidos en el castillo de Macastre, con ausencia de sus guardianes, segun se decia, hizo concebir á los cristianos viejos y nuevos pobladores de las cercanías la halagüeña

(1) Escolano, lib. 10, cap. 38.—Guadalajara, parte 2.ª, cap. 13.

(1) Escolano, libro 10, cap. 59.—Guadalajara, parte 2.ª, cap. 16.—Fonseca, libro 5.º, cap. 9.º.—Bleda, libro 8.º, cap. 36.—Mendez Vasconcelos, cantos 4.º y 7.º

esperanza de pingües riquezas, sin necesidad de los im-
probos trabajos de la agricultura.

Las locas ambiciones, alimentadas por algunos ha-
llazgos, pero nunca satisfechas á causa de la esperanza
de mayores tesoros, hacia repartir las excavaciones en
aquel sitio. Poco á poco se minaron los cimientos, se
horadó la bóveda y se registró el muro; este se des-
plomó, falseado por su cimiento; sus escombros llenar-
on el foso, y el tiempo, auxiliado por la accion ince-
sante de los buscadores de tesoros, convirtió en ruinas
aquel antiguo castillo é infundió el espíritu de aventura
y el hábito de la pereza en los habitantes del contorno.

Algunas viejas, iniciadas en el secreto de aquellas
rocas, se encargaban de esplotar la credulidad de los
mas jóvenes, y mientras cada nueva generacion se tras-
mitia misteriosamente la tradicion de los fabulosos te-
soros, los campos, verdaderos veneros de inagotable
riqueza, permanecian yermos; los montes, minas virge-
nes de abundante oro, seguian incultos; y las copiosas
aguas, filones de rica plata, se esparcian sin aprovecha-
miento.

La idea dominante de los encerrados tesoros ha es-
cluido tal vez toda otra tradicion y recuerdo del pasado.

En una de las frecuentes excavaciones, encontróse
há tiempo una caja de plomo, dentro la cual su alboro-
zado inventor creyó hallar el tesoro mas grande que po-
dria imaginar la misma avaricia: pero cual chasqueador
cubilete de mágico prestidigitador, aquella caja no conte-
nia mas que algunos corroidos libros y pergaminos inin-
teligibles. Arrojólos sin duda despechado el inventor de
tal hallazgo, y por casualidad han llegado á mis manos
algunos dispersos fragmentos de un manuscrito arábi-
go, que concluia con esta sábia sentencia.

«La ambicion ilegítima, con la aversion al trabajo,
es la digna herencia que el víctima de la espoliacion
puede legar á la codicia.»

Los designios del sábio se han cumplido, y despues
de dos siglos, todavía se conoce en aquel privilegiado
suelo los efectos de su venganza (1).

RAFAEL FERRER Y BIGNÉ.

RECUERDOS.

Tantas dulces alegrías,
Tantos mágicos ensueños,
¿Dónde fueron?
Tan alegres fantasías,
Deleites tan halagüeños,
¿Qué se hicieron?
Huyeron con mi ilusión
Para nunca mas tornar,
Y pasaron,
Y solo en mi corazón
Recuerdos, llanto y pesar
¡Ay! dejaron.
(ESPRONCEDA.)

I.

¿Por qué acuden inquietas á la mente
Memorias mil de un tiempo que pasó?
¿Para qué recordar que el alma siente
Haber perdido lo que tanto amó?

¿Por qué aumentan crueles mi tortura
Las horas ya pasadas de placer,
Horas de deleite y de ventura
Que una tras otra ví desaparecer?

¿Por qué en la amarga copa de mí duelo
Verter un otra gota de dolor
Sin que pueda ¡ay de mí! grato consuelo
Cual otro tiempo hallar en el amor?

II.

En visiones delirante,
En torbellino incesante,

(1) En honor de la verdad, hace algun tiempo que los
pueblos de la Hoya de Buñol han renacido á la vida activa,
siguiendo el movimiento general de la agricultura, y de la
industria, pero es tambien innegable que el pueblo de Ma-
castre es el que, entre todos los del condado, presenta me-
nos risueño porvenir. La tradicion de los tesoros todavía se
conserva por los perezosos hijos de aquel infortunado pue-
blo, pero amortiguada por los repetidos desengaños.

El alma vé,
Aéreos, mágicos séres,
Fantasmas de las mugeres
Que olvidé.

De amores que ya pasaron,
Que ardientes me embriagaron,
Que perdí,
Y yo en mi soberbia loco
Desprecié juzgando poco
Para mí.

Era mi vida un torrente
Impetuoso, potente,
Destructor,
Que cuanto á su paso hallaba
Sin compasion arrollaba
Con furor.

Que con su caudal robusto
Del amor el tierno arbusto
Doblegó,
Y sus hojas desprendidas,
Por sus aguas conducidas
Marchitó.

¡Ay! que en mi orgullo estremado
Por la fortuna arrullado
No esperé,
Que tan presto de mí huyera
Edad que tan placentera
Yo gocé.

El torrente impetuoso
Ora afligido y lloroso
Seco ya,
Del lozano arbusto implora
La sombra que bienhechora
No le dá.

III.

En doloroso hastío
Sumida languidece mi existencia
Y cual fuerte dolencia
Tortura sin cesar el pecho mío
De los recuerdos la tenaz presencia.

El diálogo tierno y amoroso
Aun resuena en mi oído
Y el momento dichoso
En que de amor un corazón herido
Me envolvía en placer voluptuoso.

Las deleitosas horas
Entregadas á amor se deslizaban,
Junto á mi amada rápidas volaban
Y bellas, seductoras,
Sus gracias mi sentido enagenaban.

Todo desapareció, la suerte impía
Trasportóme veloz á lo presente
Y la luz esplendente
Que vívida alumbró felice día
En tinieblas trocó de noche umbría.

IV.

¡Ay, que es triste para el alma
Que arrastra misero estado,
Recordar de lo pasado
El perdido resplandor.
Y al mirar en torno suyo
No hallar en su justo anhelo
Puro, inefable consuelo
Que dé tregua á su dolor.

Así yo cortando el vuelo
A mi loca fantasía,
Dejé de ilusión la vía
Buscando la realidad.

Y pronto por mi desdicha
Hallé en mi tenáz empeño;
En el ayer, vago ensueño,
En el hoy, triste verdad.

Verdad que el alma me hiela,
Que dá al corazón fatiga,
De mi reposo enemiga
Y enemiga de mi bien.
Que de mi desierta vida
Ostenta triste á los ojos,
Aridéz peor que enojos,
Pues causa frío desdén.

Yo gocé, corrió mi vida
Entre perfumes y flores,
Surqué el mar de los amores
Viento en popa mi bajel.
Mas hoy en desnudas rocas
Viendo su curso erizado
Yace en la playa encallado
Cual desprendido joyel.

Pobre nave que arrebatada
El furor de la tormenta,
Es la lucha que sustenta
Emblema del corazón.

Mas ¡ay! que al lanzarse ciego,
Dentro la órbita en que rueda
Ni aun tal vez encontrar pueda
Ancora de salvacion.

V.

Cual suele en la noche la plácida luna
Rasgar de tinieblas el denso capúz
Y bella asomando su faz, cual ninguna,
Derrama argentados sus rayos de luz,

Así entre la noche sombría del alma
Que fúnebre oculta su negro dolor,
La luz ilumina presagio de calma
De dulce esperanza cifrada en amor.

VI.

Empieza rosado el día,
Risueña el ave y canora
Entona dulce armonía
Y grato perfume envía
Vergel que matiza Flora.

Del sol el disco esplendente
Disipa la niebla vana,
Para que hermoso se ostente,
Puro el cielo y trasparente,
Bella la tierra y lozana.

Sobre el mundo el Dios amante
Tiende protectoras alas,
Y á su luz vivificante
Naturaleza radiante
Nos muestra ricas sus galas.

El corazón presuroso
Busca tregua á su dolor
En cuadro tan venturoso;
En vano, nada hay hermoso
Si no lo embellece amor.

VII.

Hay ciertos sentimientos
Que desiguales,
Aumentan nuestros bienes
Y nuestros males;
Locos ó cuerdos
Jamás nos abandonan,
Son los recuerdos.

Enero 1865.

LUIS ALFONSO

DEL RENACIMIENTO LITERARIO

EN EL SIGLO XV.

Artículo 2.º

Poggio fue entre todos los sábios de aquel tiempo quien se dedicó mas particularmente, y con mejor éxito á tan penoso trabajo. Este hombre extraordinario, cuyos escritos arrojan tanta claridad sobre la historia de su siglo, y cuyo estilo agrada por una sencillez culta y desnuda de efectacion, habia nacido en el año 1381, en Florencia, de la ilustre familia de los Bracciolini, originaria de la misma ciudad, y despues de haber viajado por diversos paises de Europa, fijó su residencia en Roma, donde fue sucesivamente secretario de ocho Papas. En 1453, á los 70 años de su edad, volvió á Florencia, para suceder á Carlos Marsupini en el destino de secretario de la república, y entonces empezó á escribir la historia de este estado, que dejó incompleta á su muerte, acaecida en 1459, y fue concluida por su hijo Jacobo. Escribió además un libro de *chisteo* lleno de asquerosas obscenidades, pero que fue recibido con tanta aceptacion que se hicieron de él numerosas ediciones, llegando á tanto el extravio del buen sentido entre los hombres de letras, que un religioso llamado F. Santiago de Bergamo, no temió llamar *pulcherrimus liber*, á aquella produccion impúdica. Dió tambien á luz tratados morales y políticos sobre la nobleza, sobre las desgracias de los príncipes y la inconstancia de la fortuna, en que se muestra escritor robusto y juicioso.

La conducta de Poggio, aunque eclesiástico, fue muy poco ejemplar, y el puesto de honor y confianza que mereció del gefe de la Iglesia, lejos de inspirarle respeto hácia ella y á sí mismo, solo le sirvió de velo para cubrir sus desórdenes, como lo prueban sus obras, los muchos hijos que tuvo y reconoció públicamente, y mas que nada el escándalo con que en edad avanzada, despreciando el carácter de que estaba revestido, tomó públicamente por esposa ó concubina á una muger jóven y linda, accion que creyó debia justificar escribiendo un tratado intitulado: *Au seni sit uxor ducenda?* Y habiéndole reprendido el Cardenal de Sant-Angelo por su libertinaje, le dió una contestacion digna de Petronio; (1) corramos un velo sobre las flaquezas del hombre, que solo hemos referido porque retratan las costumbres del siglo, para ocuparnos de los trabajos del sábio.

La multitud de manuscritos que consiguió descubrir en diferentes partes de Europa, en el espacio de cerca de cincuenta años, será una prueba duradera de su perseverancia y sagacidad en este género de investigaciones. El empleo que egercia en el concilio de Constanza

(1) Asseris me habere filios, quod clerico non licet; sine uxore quod laicum non decet. Possum respondere habere filios me quod laicis expedit, et sine uxore quod es mor. clericorum ab orbis exordio observatus.

le proporcionó la ocasion de visitar el monasterio de San Gal, pero muy distante de dicha ciudad, donde le habian dicho que podrian hallarse algunos manuscritos de los antiguos escritores romanos, y en efecto tuvo la suerte de encontrar allí una copia completa de Quintiliano, de quien hasta entonces solo se conocian algunos fragmentos mutilados é imperfectos. Tambien halló al mismo tiempo, los tres primeros libros y parte del cuarto de los *Argonautas* de Valerio Flacco, los de Anniano Marcelino, Tertuliano y otros que se han vuelto á perder. Puede conocerse el estado en que se hallaban esas obras por la descripcion que hace Poggio: «Escondidas entre las ruinas y el polvo de una especie de carbonera oscura y húmeda, donde se hubiera tenido reparo en arrojar á un condenado á muerte, su destruccion parecia inevitable.»

Al momento dió parte de tan feliz descubrimiento á su amigo Leonardo Aretino, que le contestó en una carta llena de elogios escesivos, y de espresiones de la mas estravagante alegría, haciéndole ver la importancia y utilidad de sus trabajos, y animándole á continuarlos. Fruto de sus ulteriores investigaciones en Francia y Alemania fueron muchas oraciones de Ciceron. En aquel tiempo solo eran conocidas ocho comedias de Plauto; trajo á Roma la primer copia completa de este autor, á ruegos de Poggio, Nicolás de Tréveris, monge aleman, á quien se la compró el cardenal Giordano Orsini, el cual con mucha dificultad permitió que las copiaran Poggio y sus amigos. El mismo monge habia hecho creer á los sábios italianos que poseia toda la obra de Aulio Gelio, y el primer libro de Quinto Curcio, en lo cual los engañó. En una elegía latina que Cristóbal Landino escribió sobre la muerte de Poggio, le atribuye el descubrimiento del bello poema filosófico de Lucrecio, del de Silio Itálico y de la obra estimable de Columela; y segun las memorias escritas por Angelo Policiano, tambien le debe la Italia el haber dado á conocer los poemas de Stacio, aunque á la verdad faltos y llenos de errores.

Poggio habia creído encontrar una copia de las *Décadas* de Tito Livio, que un fraile le habia asegurado haber visto en el convento de Cistercienses de Sora en dos volúmenes en caracteres lombardos, pero ni sus diligencias, ni las que á instancias suyas hicieron por medio de sus agentes Cosme de Médicis y Leonelo de Este, marqués de Ferrara, produjeron resultado alguno. Tampoco fueron mas felices sus tentativas para recobrar los escritos de Tácito, que llegó á persuadirse no existian en Alemania; sin embargo, en este pais los hallaron cien años despues, y los llevaron á Roma como presente digno de Leon X. Ocupado siempre de su objeto favorito, estendió hasta la Inglaterra sus diligencias; allí vivió algun tiempo con el cardenal obispo de Winchester, y se puede conjeturar del contesto de sus cartas, que entonces halló y remitió á Italia, las *Bucólicas* de Calpurnio y parte de las obras de Petronio.

Concluiremos con este erudito investigador, manifestando que tuvo acres disputas con otros gramáticos de

entonces, dando con ello un triste ejemplo, renovado con harta frecuencia despues por los prohombres de la literatura; pero la mas famosa fue la que sostuvo con Lorenzo Valla. Habiendo criticado este en cinco sátiras sus obras, le contestó lanzándole los mayores insultos que pueden decirse á un hombre, y el otro le replicó en verso dirigiendo sus *antídotos* al Papa Nicolás V, que no logró calmar la encarnizada contienda. En ella, con menos talento que su competidor, mostró Valla mayor erudicion gramatical, atreviéndose á suscitar dudas, por cierto bien estrañas entonces, declarando falsa la donacion de Constantino á la Iglesia, y la carta que Cristo dirigió al rey de Edesa; que los Apóstoles no habian compuesto cada uno un artículo del Símbolo; puso en el Nuevo Testamento notas contra la Vulgata, fundando sus esplicaciones en las lenguas orientales. Lanzaba dísticos y sarcasmos contra los grandes, los cardenales y la corte romana, por lo cual tuvo que refugiarse á Nápoles, donde abrió cátedra de elocuencia; pero volvió á Roma llamado por el Papa Nicolás V, quien le regaló cincuenta escudos de oro por su traduccion de Tucídides, y le dió el título de canónigo y escritor apóstolico.

CARLOS R. DE ARELLANO.

Por todo lo no firmado:
LUIS FABRA Y CAVERO.

DULCES CADENAS.

El miércoles se puso en escena en nuestro teatro de la Princesa, con éxito extraordinario, esta nueva y lindísima produccion del Sr. San Juan.

En el próximo número nos ocuparemos detalladamente de esta obra y de su egecucion, que fue esmeradísima.

EL MUSEO LITERARIO.

IMPORTANTE.

En la imposibilidad de seguir cobrando de nuestros suscritores y corresponsales de provincias por medio del giro de letras, rogamos á nuestros suscritores se sirvan hacer las renovaciones oportunamente por medio de libranzas ó sellos de franqueo, para lo cual recibirán aviso anticipadamente.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.

VENTAJAS EN LA ADQUISICION DE NOVELAS ILUSTRADAS PARA LOS SUSCRITORES DEL MUSEO.

HORRORES DEL BRIGANDAJE.

La obra constará de 34 entregas de á 8 páginas y seis láminas.

La entrega 3 cuartos.—La obra completa abonando el importe á la vez 10 rs.

Para los suscritores de fuera el mismo precio, pero han de tomar la obra completa.

REGALO.

Todo suscriptor recibirá una gran lámina que representa uno de los mas importantes episodios de la novela.

PARA LOS NO SUSCRITORES.

A real la entrega, y la obra completa 32 rs.

Para los pedidos dirigirse á D. J. Carboneros, Caballeros, 1. Y D. Vicente Alegre, litógrafo, plaza de la Constitucion.

Ayuntamiento de Madrid